

La racionalidad de la vida afectiva.

Aportes para una reinterpretación de la relación entre razón y emoción, a la luz de la filosofía contemporánea y la psicología cognitiva

Resumen: El artículo propone un reencuentro con el conflicto suscitado a mediados del siglo XII entre dos de las más relevantes figuras del Medioevo: Bernardo de Claraval y Pedro Abelardo. La leyenda ha enturbiado esta historia presentando una confrontación entre dos arquetipos: fe y razón, tradición y renovación, autoridad y espíritu crítico. A la luz de nuevas investigaciones, se recapitulan los acontecimientos y se destacan los matices que contribuyen a resignificarlos. Se pretende concluir que el esquema interpretativo de un antagonismo férreo ya no es válido, y que, más allá de los personajes, debe visualizarse el episodio como señal de un cambio de época.

Palabras clave: Pedro Abelardo, Bernardo de Claraval, fe, razón, Sens, siglo XII.

Abstract: The article suggests a reencounter with the conflict that took place in the mid 12th century between two of the most important figures of the Middle Ages: Bernard of Clairvaux and Peter Abelard. The legend has marred this story by presenting a confrontation between two archetypes: faith and reason, tradition and renewal, authority and critical spirit. In the light of new research, the events are summed up and the nuances that contribute to their resignification are emphasized. The idea is to conclude that the interpretative outline of a rigid antagonism is no longer valid, and that beyond the characters, the incident must be visualised as a sign of a change of era.

Keywords: Peter Abelard, Bernard of Clairvaux, faith, reason, Sens, XIIth century.

Introducción

En las últimas décadas, se han ido gestando nuevos modelos psicológicos que procuran promover una mejor y mayor integración entre la vida racional y la emocional¹. Además de proponer estrategias terapéuticas, estos modelos integran una cierta concepción acerca de lo que es la persona humana y del

¹ Aunque en rigor los términos emoción, sentimiento, pasión, no son estrictamente asimilables en la psicología actual, se los utilizará aquí de manera general, por constituir expresiones diversas de un mismo género o categoría de actos, que la tradición griega reuniera en torno a la categoría de las pasiones (del griego *παθος*, *passio* en la tradición latina).

modo en que se articulan la inteligencia y el sentimiento. En oposición a ciertos esquemas excesivamente racionalistas, los esfuerzos tienden a concentrarse en la reivindicación y exploración de la vida afectiva. No se desestima la importancia de la vida intelectual, pero se cuestionan las imágenes asociadas con la concepción instrumental. La notoriedad que han alcanzado algunas obras de divulgación que resaltan la importancia del desarrollo de una inteligencia más “emocional”² demuestra que esta reivindicación ha tenido bastante éxito. De todos modos, la atención sigue focalizada en la dimensión afectiva, para cuyo desarrollo se requiere de la acción de la racionalidad. Ésta parece haber quedado relegada a un segundo plano, y su rol tiende a ser subsidiario. En algunos enfoques, los procesos cognitivos llegan incluso a ser interpretados como variables dependientes de la afectividad³.

Este tipo de planteos rompe de cuajo con el paradigma clásico de cuño aristotélico, que caracterizaba la dinámica afectiva como subsidiaria y dependiente de la cognición. “El conocimiento precede al apetito”, postula la ya tradicional sentencia peripatética. Los deseos, aversiones, temores, ansiedades, en general, todo movimiento de la afectividad, presupone un conocimiento fundante que actúa como su raíz y causa formal. No en vano, las sistematizaciones escolásticas ubicaron las funciones afectivas inferiores y las superiores bajo la categoría de los *apetitos elícitos*⁴. Se los considera *elícitos* precisamente por responder a un previo conocimiento que, pudiendo ser sensible o intelectual, configura dos niveles básicos de afectividad.

Como puede verse, la posición clásica y la de la ciencia psicológica contemporánea tienden a ubicarse en extremos opuestos. ¿Es posible salvar esta distancia? Los párrafos que siguen intentarán avanzar en esta dirección con-

² Si bien Howard Gardner aparece como uno de los impulsores de la ampliación y diversificación del concepto de racionalidad (cf. H. GARDNER, *Frames of Mind*, New York, Basic Books, 1983), la noción de “inteligencia emocional” adquiere popularidad principalmente a partir de la publicación del libro de Daniel Goleman, *Emotional Intelligence* (D. GOLEMAN, *Emotional Intelligence*, New York, Bantam Books, 1995), aunque el planteo no es original de Goleman.

³ Cf. L. GREENBERG, S. PAIVIO, *Trabajar con las emociones en psicoterapia*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 17: “Desde nuestros planteamientos las respuestas emocionales automáticas preceden o influyen, a menudo, los significados conscientes acerca de lo que nos sucede. Es el significado emocional de alto nivel sobre los acontecimientos, construido automáticamente por los esquemas emocionales, lo que determina tanto la conciencia emocional [*awareness*, en el original] como las respuestas cognitivas”. Cf. también p. 24: “Es este procesamiento a nivel tácito de lo emocional-motivacional-cognitivo el que gobierna la consciencia”, y p. 32.

⁴ S. TOMÁS, *Suma Teológica*, I, q. 80, a. 1, c. y ad 3.

ciliatoria. Para lograrlo, se procurará demostrar la intrínseca racionalidad de la afectividad, recuperando de este modo algunas de las intuiciones clásicas, pero sin abandonar los enfoques cognitivos, que ilustran con mucha más pertinencia la complejidad y misterio de la afectividad humana y su ascendencia sobre la cognición reflexiva. En rigor, esta propuesta conciliatoria guarda sintonía con los aportes de la misma psicología. Si bien en sus orígenes, algunas de las aproximaciones de la psicología experimental tendieron a resaltar la irracionalidad⁵ de la vida emocional, en la actualidad, esta tendencia se ha matizado. No son pocos los que atribuyen a la vida emocional una lógica propia no reductible a la lógica formal⁶. Ésta se pone de manifiesto incluso en los casos en que existe disociación o escisión. Es preciso, sin embargo, identificar con más detenimiento cuál es la dinámica de esta “lógica” de la afectividad. El artículo se concentrará también en este aspecto del problema.

Sin embargo, las reflexiones se centrarán mayormente, aunque no exclusivamente, en la dimensión filosófica. Al hacerlo, harán hincapié en los aportes de Charles Taylor, filósofo canadiense de formación plural y pluralista, que ha dedicado numerosos artículos al tratamiento de este tema. Si bien su originalidad dista de ser comparable con la de otros referentes de la filosofía contemporánea, su obra tiene el mérito de armonizar y compendiar un sinnúmero de reflexiones provenientes de fuentes filosóficas diversas, aunque se acentúa en ella la perspectiva hermenéutica de análisis. Su producción también entraña un déficit: analiza dimensiones importantes de la vida humana con un enfoque que algunos han definido “de arriba hacia abajo” (*top-down*⁷), en la medida en que se exageran las influencias de los procesos superiores sobre los inferiores al momento de explicar la gestación de la identidad individual y de sus manifestaciones. Para compensar esta exageración, que involuntariamente condicionará el alcance de las reflexiones que siguen, podrá complementarse esta aproximación con alguna que tenga en cuenta la incidencia de los procesos inferiores y los condicionantes neurofisiológicos en el desarrollo de la identidad (enfoque *bottom-up*).

⁵ Cf. J. S. EVANS, “Interpretation and Matching Vias in a Reasoning Task”, en *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 24 (1972) 193-199 [197].

⁶ Cf. L. GREENBERG, S. PAIVIO, *Trabajar con las emociones en psicoterapia*. Cf. también, C. CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, Barcelona, Tusquets, 2001⁵ y C. MINZI, “La evaluación de la personalidad desde la perspectiva cognitiva: el proceso atribucional”, en *Revista de Psicología (Educa)* 1/1 (2005) 27-40 [30].

⁷ A. RORTY, D. WONG, “Aspects of Identity and Agency”, en O. Flanagan, A. Rorty (eds.), *Identity, Character, and Morality*, Cambridge Mass, MIT Press, 1990, pp. 19-36 [p. 36].

Finalmente, y pese a su temperamento filosófico, el artículo procurará dialogar con los aportes de la ciencia empírica, principalmente provenientes de la psicología cognitiva. En efecto, esta última escuela (si acaso pudiera caracterizarse como una corriente unitaria medianamente constituida) ha investigado con creciente éxito e interés los modos en que se desarrolla la afectividad humana y la relación que existe entre la lógica intelectual y la emocional.

1. La concepción moderna estándar

Para determinar el grado de “racionalidad” de la vida afectiva (si acaso cabe atribuirle alguno), resulta necesario partir de un primer ejercicio de clarificación, que permita definir qué es lo que ha de entenderse por “racionalidad” y por “comportamiento racional”. En efecto, si no se supera la estrecha noción heredada del racionalismo, todo intento de integración teórica quedará de suyo vedado, o al menos obstaculizado.

Al hacer referencia a la “concepción moderna estándar de la racionalidad” se alude no a la visión de algún autor en particular (de hecho, prácticamente ninguno de los autores modernos la presenta tal y como se propondrá aquí), sino a una cierta simplificación paradigmática que parece haberse instalado en el del mundo de los intelectuales, orientando los juicios y valoraciones sobre el tema, incluso por vía de la oposición al modelo supuestamente propiciado⁸.

Esta concepción actúa bajo la forma de un “imaginario social”, en el sentido dado por Taylor a dicho concepto⁹: 1) representa el modo ordinario en que las personas “imaginan” un determinado asunto –en este caso, la idea de «racionalidad»– de una forma que generalmente no está expresada de manera teórica, sino a través de prejuicios, imágenes, narraciones, historias, cuentos, leyendas, etc.; 2) este modo no es poseído por una minoría, sino por grandes grupos de personas, por toda la sociedad, incluso de manera no tan reflexiva; y 3) el imaginario social es la comprensión común que hace posible las prácticas comunes y un sentido de legitimidad compartido ampliamente.

⁸ Un ejemplo de esta simplificación puede verse en R. ECHEVERRÍA, *Ontología del lenguaje*, Buenos Aires, Granica, 2010⁷, pp. 24 y ss.

⁹ Ch. TAYLOR, “On Social Imaginaries”, en P. Gratton, J. Panteleimon Manoussakis (eds.), *Traversing the Imaginary*, Richard Kearney and the Postmodern Challenge, Illinois, Northwestern University Press, 2007, p. 30. Puede encontrarse una caracterización similar en Ch. TAYLOR, *A Secular Age*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 2007, p. 173.

En suma, una cierta idea de racionalidad subyace a muchos planteos y prácticas de la psicología contemporánea, que queda de manifiesto incluso en los casos en que los autores pretenden alejarse de dicha concepción, o que describen procesos referidos a otros aspectos de la personalidad. Parafraseando con excesiva libertad la famosa sentencia de Wittgenstein, “una pintura los mantiene cautivos”¹⁰, a pesar de querer distanciarse de ella. Esta “pintura” asume premisas bien características:

- a. En primer lugar, la racionalidad se juega en el nivel de la conciencia. El inconsciente o subconsciente forma parte del dominio de lo irracional, al que la racionalidad intenta acceder, siempre con grandes limitaciones.
- b. En segundo lugar, lo racional guarda relación con una mayor o menor preponderancia de la lógica, exigiendo coherencia y consistencia argumentativa. Sus conclusiones persiguen la claridad y certeza.
- c. Los contenidos de la racionalidad son mayormente y principalmente individuales. Son el resultado de la propia exploración y descubrimiento, en contacto con el medio, pero con relativa prescindencia respecto de él.
- d. Finalmente, el ejercicio de la racionalidad permite el dominio sobre el propio comportamiento, acrecentando el umbral de la voluntariedad. Ejercer la racionalidad implica ampliar los márgenes de libertad.

En la mencionada “pintura”, la vida afectiva parece orientarse según premisas contrapuestas a las arriba indicadas: por un lado, no suele responder a motivaciones conscientes, y sus manifestaciones tienden a tener lugar fuera del alcance de la racionalidad. De hecho, ha de requerirse un cierto ejercicio de introspección para lograr que la conciencia acceda parcialmente al nivel de lo afectivo no consciente. Por otra parte, la “lógica” de la afectividad, si cabe hablar de lógica en este campo, no se regula necesariamente bajo las leyes de la coherencia y la consistencia propias de la razón especulativa. Las emociones son, a menudo, inconsistentes, contradictorias entre sí, fluctuantes, etcétera. La prerrogativa de la certeza (aspiración de la racionalidad) se contrapone con la incertidumbre esencial que caracteriza la dimensión afectiva. Finalmente, las emociones suelen ser involuntarias, tanto en su origen cuanto en su devenir. Puede una persona elegir eventualmente qué hacer ante el surgimiento de un determinado afecto, pero no puede elegir iniciarlo o finalizarlo sin más, al menos directamente y por mera intencionalidad.

¹⁰ L. WITTGENSTEIN, *Investigaciones Filosóficas*, 114-115.

Todo lo dicho tiende a reforzar la idea de que existe una relación antinómica entre razón y afectividad. Pero esta idea se debilita en cuanto se desacredita la concepción de racionalidad supuesta. En tal sentido, los aportes de la filosofía contemporánea, fundamentalmente provenientes de la fenomenología y la hermenéutica, han puesto fuertemente en duda los supuestos enunciados. A continuación se señalarán algunos de estos aportes, aunque nuevamente se apelará aquí a imágenes paradigmáticas que no hacen justicia plena a la riqueza de cada uno de los autores que habrán de reseñarse. No se pretenderá, tampoco, formular juicios críticos respecto de algunos de estos principios, que no dejan de presentar lagunas o ambigüedades, cuya descripción y superación excede las pretensiones de este trabajo.

2. Aportes de la fenomenología y la hermenéutica

2.1. *Comprensión y precomprensión*

La filosofía contemporánea ha puesto en evidencia que la racionalidad humana también admite un umbral o dimensión pre-consciente. Deviene consciente sólo a partir de lo pre-consciente. En otras palabras, lo articulado conscientemente es sólo una expresión ínfima que se enraíza en un soporte racional inarticulado. Cuando aprendemos, por ejemplo, que “Tanzania es un país africano ubicado al sur de Kenia, sobre el Mar Índico”, dicho aprendizaje presupone una serie de conocimientos que –como afirma Polanyi– son “tácitos” [*tacit knowing*]¹¹. Se supone que comprendemos qué es ser un país “africano”; sabemos al menos algo sobre Kenia y sobre el Mar Índico. De modo más general, sabemos qué es un país o qué es el mar. Tenemos noción sobre las coordenadas geográficas norte-sur. En modo aún más implícito, sabemos usar el lenguaje y comprender el sentido de los términos utilizados, contamos con habilidades de ubicación espacio-temporal que nos permiten situar al país en una determinada región.

Como podrá advertirse, en la definición de Tanzania es mucho más lo sabido implícitamente que lo explicitado en la afirmación. Más aún, lo explicitado sólo puede aprehenderse en la medida en que existe el conocimiento implícito. Cabe advertir, sin embargo, que el conocimiento implícito no se

¹¹ Ch. TAYLOR, “Cognitive Psychology”, en *Philosophical Papers I. Human Agency and Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 187-212 [p. 188].

reduce sencillamente a este caudal de saberes previos. Abarca también una serie de disposiciones afectivas y para la acción.

La fenomenología de Husserl ha puesto en evidencia el hecho de que la “afección” es previa y fundante de la “objetivación intencional”¹². Las cosas se convierten en objeto temático de nuestra conciencia reflexiva en la medida en que han convocado previamente nuestra atención en un nivel de conciencia más básica, en el que se entremezcla la afectividad y la cognición. Sobre las huellas de Husserl, Merleau-Ponty acuña la noción de “precomprensión”¹³ (*pre-understanding*). En ella se enfatiza el carácter práctico de lo pre-comprendido. La precomprensión constituye un cierto “saber cómo” (*savoir faire*) ligado a las experiencias subjetivas concretas que involucran cognición y afectividad, pero en el marco de un ejercicio activo y no como una mera receptividad. Al conducir un auto, por ejemplo, sabemos de la existencia del motor o de las ruedas. Pero este conocimiento no está presente en forma actual y consciente mientras conducimos. Constituye un soporte sobreentendido que permite el arraigo de cualquier otra convicción (la de estar yendo a comprar algo al mercado).

En la precomprensión toman cuerpo también los intereses, motivaciones, deseos y necesidades. Estos elementos reflejan y recogen, de algún modo, toda la experiencia vital anterior. Cuando salimos de vacaciones a una región que nos es desconocida, por ejemplo, sin duda alguna nos aprestamos a adquirir numerosos conocimientos que hasta el momento no poseíamos, y que podrán adquirirse gracias a lo tácitamente comprendido conceptualmente. Sin embargo, estaremos permeables a adquirir cierto tipo de conocimientos y no otros, fundamentalmente porque estaremos en la actitud propia de quien “está de vacaciones”. Y esta actitud varía de persona a persona, en función de lo que interpreta tácitamente como el “estar de vacaciones”. Hay personas que, en sus vacaciones, muestran interés por la naturaleza. Hacen actividades al aire libre, prestan atención a la vegetación y la fauna, hacen excursiones y campamentos en zonas aisladas. Otras, prefieren la vida social, en torno a un club o una ciudad. Otras salen de viaje a conocer lugares exóticos. Se deslumbran ante edificios o comidas extrañas. La variedad de intereses es tan grande como quiera uno imaginar. Lo cierto es que cada una de estas actitudes estará ligada a intereses y a experiencias subjetivas precedentes; y habrá de configurar lo que quedará a la luz en el

¹² E. HUSSERL, *Erfahrung und Urteil*. Hamburg, ed. Claasen et Goberts, 1948, pp. 81 y ss.

¹³ Ch. TAYLOR, “Foundationalism and the Inner-Outer Distinction”, en N. Smith, *Reading Mc. Dowell. On Mind and World*, London, Routledge, 2002, pp. 106-120 [p. 111].

nuevo aprendizaje. En todos los casos, regirá una cierta interpretación básica y más general sobre lo que implica el “estar de vacaciones” (un “saber cómo” vivirlas), concepto opuesto al de la laboriosidad. Todas estas nociones están supuestas como saberes, motivaciones y disposiciones implícitas, y fundan de algún modo cualquier reflexión consciente.

En suma, la precomprensión tiene naturaleza cognitivo-afectiva y práctica, y sostiene, posibilita y configura todo posterior desarrollo cognitivo. Como podrá advertirse también, la misma definición de “precomprensión” excluye la condición de la consciencia explícita. Lo que es pre-comprendido está fuera de la consciencia inmediata, aun cuando pueda haberse generado a partir de un proceso consciente y pueda también hacerse parcialmente consciente por obra de una reflexión posterior.

2.2. Fenomenología de la afectividad

Que la racionalidad aparezca tan radicalmente emparentada en sus inicios con el universo de los afectos y valoraciones no conscientes, rompe de algún modo con todo intento de disociar especulativamente razón y emoción. Rompe también con la imagen de la racionalidad como consciencia reflexiva. La vida racional integra la racionalidad implícita (propia del nivel de la pre-comprensión) y la racionalidad consciente y reflexiva. Así, aunque Pascal advirtiera sabiamente que “el corazón tiene sus razones que la razón no conoce”, las razones del corazón no son totalmente extrañas a la razón, pues ellas también forman parte de la vida de la racionalidad concebida en este sentido amplio. De hecho, la dinámica afectiva humana es de suyo bastante más “razonable” de lo que se tiende a suponer.

Salvo en los casos de emociones ligadas estrictamente a acontecimientos fisiológicos que actúan como factor desencadenante, gran parte de los afectos humanos suponen una esencial cuota de racionalidad. Como señala Taylor, todo sentimiento incorpora en sí mismo un sentido o significado determinado, que puede ser consciente o no consciente, articulado o no articulado¹⁴. Piénsese, por ejemplo, en la decepción que experimenta una persona ante otra

¹⁴ Cf. Ch. TAYLOR, “Cognitive Psychology”, p. 191: “Si uno quisiera buscar el núcleo de algún sentimiento que pueda existir independientemente de la percepción del objeto que la constituye, uno buscaría en vano. Más aun, la misma naturaleza de la emoción humana lo impide. Una emoción está constituida esencialmente por nuestra percepción de su objeto, esto es, por lo que estamos inclinados a decir acerca de su significado para nosotros”.

que le ha negado el saludo. El acto de negar el saludo está investido de un determinado sentido: para el sujeto decepcionado, el gesto implica o “significa” denigración o desestimación. Y es la advertencia de ese significado la que motiva su decepción. Sin este significado puesto de manifiesto no se despertaría el estado afectivo consecuente¹⁵. Pongamos otro ejemplo: un niño pequeño se despierta súbitamente y siente vergüenza tras haberse orinado involuntariamente en la cama. Evidentemente, se ha “dado cuenta” de varias cosas. En primer lugar, que se ha orinado. En segundo lugar, que lo ha hecho en un lugar inapropiado, y en una edad en la que se espera que esto no ocurra.

El sentimiento supone un cierto nivel de conciencia, un cierto “darse cuenta” de al menos algunos elementos de este tipo. Existen, pues, motivos racionales para la vergüenza. Incluso aunque no nos parezcan racionales (en el sentido de “razonables”) sino más bien cuestionables, los sentimientos implican un bagaje de razonabilidad en tanto y en cuanto descansan en presupuestos que “explican” dicho estado anímico. Hasta los impulsos más irracionales tienen su racionalidad intrínseca. Y no es necesario que exista plena conciencia de estos motivos.

Es importante destacar este punto. Así concebidos, los sentimientos se convierten en un modo privilegiado de dar cuenta de lo que nos rodea¹⁶. Suponen un significado y, en ese sentido, revelan el mundo tanto o más profundamente que la racionalidad consciente, y tienden a “disparar” los procesos cognitivos superiores. Ponen al descubierto propiedades de las cosas no de modo incontaminado, “desvinculado”, según el decir de Heidegger. Se refieren a las cosas y a las circunstancias en tanto portadoras de propiedades que son capaces de afectarnos. Cuando sentimos la imponentia del Alerce y nos asombramos ante su presencia, no estamos simplemente aprehendiendo un aspecto de esta particular conífera patagónica. El carácter de “imponente” refiere tanto a nuestro tamaño y edad cuanto al de la conífera. Si fuéramos gigantes, tal vez nos sorprendería la delicadeza y perfección miniaturesca de sus contornos. Es precisamente esta inicial afección pre-reflexiva la que dispara la reflexión posterior.

Como puede observarse, todo sentimiento aporta información sobre el mundo, pero de modo relacional, relativo, en el sentido de “referido a nuestra condición”, la humana en general, y la nuestra en particular. Según Ta-

¹⁵ Desde la psicología cognitiva, L. Greenberg ha resaltado también esta interdependencia entre significado y sentimiento (cf. L. GREENBERG, *Trabajar con emociones en psicoterapia*, p. 13).

¹⁶ L. GREENBERG, *Trabajar con emociones en psicoterapia*, p. 39.

yor, pone al descubierto “propiedades sujeto referenciales” (*subject-referring properties*)¹⁷ de los asuntos o cosas que se nos presentan. En tal sentido, se trata de propiedades “irreducibles”¹⁸, justamente porque la forma en que son vivenciadas por un individuo no es reproducible necesariamente en otro, o no de la misma manera.

En virtud de este tipo de acceso “vinculado”, el sentimiento constituye una forma de valorar las cosas. Ellas adquieren “relevancia” (*import*)¹⁹ y se convierten en metas o motivaciones existenciales. En tal sentido, los sentimientos no se limitan a manifestar nuestro modo de vinculación con la realidad. También buscan despertar y motivar la acción²⁰. El miedo del padre ante la posibilidad de que se agudice la enfermedad del hijo lo invita a tomar recaudos concretos que preserven y mejoren su salud.

Motivo, sentido, significado, valoración pueden tomarse aquí como conceptos análogos. En todos los casos, presuponen la presencia de una racionalidad sin la cual no se explica el surgimiento de un estado afectivo, lo que equivale a decir que –de un modo general– todo sentimiento es esencialmente racional. El significado no aporta un “plus” que se añade al sentimiento. Como se ha dicho, es parte constitutiva de él, lo define como tal y explica su surgimiento. La aceptación de esta premisa constituye tal vez uno de los fundamentos más importantes de la práctica psicológica, en tanto que posibilita el ejercicio de la introspección y el arte de dar razones y de entenderlas.

2.3. La interpretación en la vida afectiva

Los ejemplos aportados remiten a otro aspecto inherente a la racionalidad de la vida afectiva. Si todo sentimiento supone un significado, todo significado refiere a una cierta interpretación sobre el acontecimiento o hecho en cuestión. El sentimiento no se despierta generalmente ante hechos, sino a partir de la interpretación sobre determinados hechos²¹. En otras palabras, surge ante hechos *interpretados*. No se explica la decepción, retomando el ejemplo, tras reparar ex-

¹⁷ Ch. TAYLOR, “Self-Interpreting Animals”, en *Philosophical Papers I. Human Agency and Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 45-76 [p. 57].

¹⁸ Ch. TAYLOR, “Self-Interpreting Animals”, p. 59.

¹⁹ Ch. TAYLOR, “Self-Interpreting Animals”, pp. 49 y ss. Cf. también, “Cognitive Psychology”, p. 191.

²⁰ H. BLEICHMAR, *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Barcelona, Paidós, 1998², p. 341. Cf. también, L.GREENBERG, *Trabajar con emociones en psicoterapia*, pp. 30 y 38.

²¹ Esto no ocurre, claro está, en el caso de ciertas reacciones afectivas ligadas a lo orgánico, como es el caso del dolor provocado por una herida física.

clusivamente en la ausencia fáctica de algún género de movimiento que denote saludo. Esta ausencia puede ser interpretada en una u otra dirección. De hecho, podría responder a una simple distracción o inadvertencia. De ser interpretada como resultado de distracción, la decepción quedaría reemplazada tal vez por curiosidad (¿en qué estará pensando tan compenetradamente?) o, incluso, comicidad (¡siempre ha sido tan distraído!). La identificación de una omisión deliberada implica un acto de interpretación que trasciende de algún modo al acontecimiento fáctico en cuestión. Resulta de juzgar dicho acontecimiento a la luz de experiencias previas, que provocan que se lo decodifique como tal.

Se advierte aquí un cierto grado de proyección subjetiva, que puede tener mayores o menores niveles de legitimidad, y que convive con la faceta reveladora del sentimiento (en tanto y en cuanto todo afecto nos “habla” de la realidad circundante). Revelación y proyección conviven en todo afecto, y el significado se “descubre” tanto como que se “inventa”. El caudal de descubrimiento y de invención varía en función de la persona, del momento y del objeto implicado. En el lenguaje de los afectos, no existe el descubrimiento ni la invención en estado puro²².

En la medida en que la atribución de un determinado significado puede coincidir o no con lo que la realidad ha puesto al descubierto, existe la posibilidad del error y la distorsión en la vivencia afectiva. Supongamos que la persona omitió hacer el gesto de saludo al percibir que nos encontrábamos implicados en otra conversación de la que no deseaba distraernos. En ese caso, la interpretación de su acto como denigratorio falsearía las intenciones originales, lo que sería enteramente injusto. La decepción sería, en este contexto, impropcedente, aunque no por ello carente de racionalidad.

3. Esquemas emocionales y metasentimientos

Ya se ha dicho que cuando se declara que todo afecto resulta de una interpretación no debe concluirse que todo afecto supone un ejercicio interpretativo consciente. En el caso de la vergüenza, el niño tal vez no logre advertir

²² Ch. TAYLOR, “Foundationalism and the Inner-Outer Distinction”, en N. Smith, *Reading Mc. Dowell. On Mind and World*, London, Routledge, 2002, p. 108. El reconocimiento de la existencia de este equilibrio entre creación y descubrimiento se menciona, con un lenguaje mucho más poético, en el prefacio de sus *Argumentos Filosóficos* (Ch. TAYLOR, “Preface”, *Philosophical Arguments*, p. x): “El lenguaje hace posible la desocultación del mundo humano. En este punto hay una combinación de creación y descubrimiento difícil de definir”.

ni explicar cuáles son las razones de su vergüenza. Acaso no sepa siquiera definir su sentimiento como “de vergüenza”. Pero ha interpretado indudablemente su comportamiento como vergonzoso, lo que ha generado el rubor. La mayor parte de nuestros estados afectivos responden a una interpretación inarticulada, que permanece oculta a la consciencia reflexiva inmediata. Se trata, según afirma Charles Taylor, de una “proto-interpretación”²³, que se revela en y a través del sentimiento del que es constitutivo. Los sentimientos son, pues, más primitivos que los razonamientos conscientes, pero presuponen una razón no explicitada que es, de algún modo, más primitiva que el mismo sentimiento, en la medida en que se convierte en su causa.

En consecuencia, la racionalidad es al mismo tiempo fundante del sentimiento (da origen a sentimientos al asignar significados a los acontecimientos), y resultado del sentimiento (al generarse a partir de emociones que focalizan las áreas de interés y despiertan la necesidad de comprensión). Se advierte, pues, un doble papel de la racionalidad en la vida afectiva, según se considere su rol interpretativo inicial (llamémosla “interpretación creativa”, en tanto descubre/asigna significado y configura un determinado sentimiento), o su rol hermenéutico posterior (llamémosla “interpretación exploratoria”, por cuanto intenta explicitar *a posteriori* la eventual razón de ser de un determinado estado afectivo o de una situación). Mientras que la primera de ellas tiende a ser preconsciente, la segunda tiende a ser reflexiva y consciente.

Algunas de estas interpretaciones pueden provenir de esquemas ya arraigados en la personalidad. De hecho, la mayor parte de nuestros sentimientos no surgen *ex nihilo*, sino que asumen de algún modo nuestra historia. Toda persona cuenta con un bagaje de “esquemas” de interpretación-sentimiento-acción que, habiendo surgido en un determinado momento de su historia personal, se enquistan y tienden a actualizarse recursivamente ante nuevas situaciones. Así, en diversas circunstancias se replican los mismos circuitos interpretativos-emocionales y, en consecuencia, los mismos patrones de comportamiento, definiéndose los rasgos de personalidad. Quien descubrió alguna vez el éxito en la difícil tarea de contar chistes, se reconocerá –en consecuencia– como un “buen contador de chistes”. Tenderá a interpretar fa-

²³ Ch. TAYLOR, “La interpretación y las ciencias del hombre”, en *La liberté des modernes*, Paris, Presses Universitaires de France, 1997, p. 159 (versión castellana: *La libertad de los modernos*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005). Como podrá notarse, el concepto de “proto-interpretación” replica el de “proto-conocimiento” (“Foundationalism and the Inner-Outer Distinction”, pp. 112-113), aunque resalta esta propiedad como más afectiva que intelectual.

vorablemente las señales y gestos que sutilmente quedan al descubierto en los intercambios sociales. Su esquema emocional será el que lo predisponga a esta lectura, contrariamente a lo que sucede en el caso del mal contador de chistes.

Greenberg define estas unidades psicológicas básicas “esquemas emocionales”. Estos implican una “síntesis compleja de afecto, cognición, motivación y acción, que proporciona a cada persona un sentido integrado de él o ella misma y del mundo, así como también un significado subjetivamente sentido”²⁴. Bleichmar se refiere a estos esquemas bajo la noción de “creencias matrices”²⁵.

Las creencias matrices constituyen unidades cognitivo-afectivas que actúan a nivel pre-reflexivo y automático²⁶. Se caracterizan, además, por su relativa estabilidad, y tienden a alimentar las proyecciones con que un sujeto inviste un determinado objeto o situación. Los esquemas tienden a favorecer o limitar el surgimiento de determinados sentimientos. Pongamos el caso de un sujeto que, ante una situación de cierta sobrecarga laboral, y habiendo conformado en su juventud un esquema que alimenta su victimización, define su situación como de “explotación”. En consecuencia, la experimentará a nivel emocional con abatimiento. Sentirá efectivamente que no está en condiciones de responder a la demanda excesiva y padecerá –hasta orgánicamente– dicho abatimiento. La interpretación puntual guardará correspondencia con esta tendencia a decodificar situaciones de modo victimizante.

Como puede verse, el concepto de pre-comprensión, que en Merleau-Ponty ya consideraba una asociación de cognición y emoción de naturaleza prerreflexiva, se reedita en la psicología contemporánea con un mayor nivel de análisis. Pero se reconoce la incidencia de esta instancia primaria y primordial que es previa a la cognición reflexiva y consciente, y que está vinculada a la experiencia práctica del sujeto. Contrariamente a lo que sucede en el caso de la racionalidad consciente, en el nivel pre-reflexivo no es posible distinguir de manera nítida la frontera que separa el elemento cognitivo y el afectivo. La afectividad y la racionalidad se amalgaman en una unidad indisociable, *al modo* en que se co-pertenecen la materia y la forma en la teoría hilemórfica aristotélica.

²⁴ L. GREENBERG, *Trabajar con emociones en psicoterapia*, pp. 16 . 43 y ss.

²⁵ H. BLEICHMAR, *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, p. 332: “Lo que nos interesa ahora es mostrar cómo ciertas creencias matrices que funcionan como *transtemáticas* organizan los cuadros emocionales de modo que el placer o la angustia que surgen no son debidos a las propiedades que una u otra idea particular tendría de por sí, sino que desde ciertas creencias genéricas, cuyos temas son el placer y la angustia, se va dotando a las ideas particulares de un sentido y *una carga emocional* que son los que determinan la cualidad de placer o de angustia que finalmente poseerán”.

²⁶ L. GREENBERG, *Trabajar con emociones en psicoterapia*, pp. 16-17.

La psicología cognitiva también ha advertido suficientemente respecto de la llamada *recursividad* o *efecto bucle*²⁷ de la dinámica afectiva. Así como tenemos sentimientos o valoraciones, solemos tener sentimientos acerca de los sentimientos. El enamorado puede desear, por ejemplo, estar con la persona amada. Al mismo tiempo, puede sentirse exultante y hasta algo perplejo al experimentar un deseo que parece absorber toda su atención y energía. Incluso, puede padecer cierta preocupación en la medida en que esta demanda de atención conspira contra su voluntad de abocarse a los estudios. No ocurrirá lo mismo, tal vez, con el esporádico deseo de eliminar de la faz de la tierra a un compañero de estudios, inclinación que se le presentará seguramente como vergonzosa.

La existencia de esta dimensión afectiva de segundo orden otorga una dinámica especialmente compleja a la vivencia humana, y se expone también al falseamiento y la distorsión. La vergüenza experimentada orgánicamente puede reduplicarse por obra de este efecto bucle. La sola percepción del rubor excesivo puede despertar vergüenza. De hecho, existen personas que se avergüenzan de su excesiva vergüenza. En virtud de ello, optan por cierto grado de exclusión social, procurando “volverse invisibles” en contextos grupales. Como podrá verse, la dinámica de los metasentimientos puede ser gravitante en el desarrollo de la personalidad.

Lo cierto es que, para que surjan metasentimientos, también se exige una atribución de significado que resulta de una interpretación implícita. Aquí el “hecho fáctico” que será objeto de interpretación es el sentimiento de origen y no ya la situación que originó dicho sentimiento. Y tendrán cabida los esquemas emocionales o creencias matrices, tal como sucede en el caso de cualquier interpretación. Estos podrán alimentar proyecciones arbitrarias, falseamientos u ocultación. La tristeza vivida genuinamente ante una situación dolorosa, por ejemplo, quizás despierte incomodidad y hasta agresividad, si la persona cuenta con un esquema emocional que le dificulta la expresión de la tristeza. El odio puede dar lugar a la culpa si estamos en presencia de una persona escrupulosa.

4. Interpretación, entorno y vida afectiva

Los ejemplos aportados hasta aquí permiten dar cuenta de otro aspecto notorio de la vida afectiva y de las interpretaciones que las sostienen: gran parte de estas últimas se fundan sobre valoraciones e imágenes que están

²⁷ C. CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, pp. 21 y 72.

vigentes en el entorno social. Se convierten en valoraciones individuales por ser primeramente sociales. La tesis tiene fuerte arraigo en la psicología cognitiva²⁸, aunque se ha desarrollado especialmente en la filosofía contemporánea. Gadamer es, tal vez, uno de los que ha puesto de relieve más enfáticamente esta dimensión social e histórica de la precomprensión originaria, también a partir de los aportes de Husserl. La noción de “horizonte”²⁹ remarca la dependencia de todo proceso cognitivo individual respecto de un bagaje implícito de saberes que ha sido adquirido a través del tiempo por una determinada cultura. Este bagaje condiciona y a la vez posibilita la reflexión individual. Si bien la noción de horizonte subraya los aspectos cognitivos (dadas las temáticas que aborda la producción gadameriana), la filosofía contemporánea (piénsese, por ejemplo, en Heidegger o Wittgenstein) ha resaltado la naturaleza fuertemente valorativa y afectiva del horizonte de comprensión, y su vinculación con las prácticas sociales instaladas.

Un ejemplo permitirá clarificar este hecho. En una fiesta de bodas, un niño muy pequeño se ha acercado peligrosamente al pastel de bodas, mientras se desarrolla la cena familiar. Este niño, parado de puntillas de pie sobre una silla inestable, se apresta a hundir su dedo en la cobertura del pastel con evidentes fines de disfrutar del festín. Pero se ruboriza repentinamente al reparar en un gesto descalificador de su madre que, a la distancia, intenta frenar este acto potencialmente embarazoso para ella. Como dijéramos anteriormente, la sola percepción del rubor será, para nosotros, una manifestación suficientemente clara de la existencia de una cierta comprensión tácita. Él ha logrado acceder a algún tipo de registro. “Sabe” en cierto modo que ha hecho algo malo, incluso sin saber cuál ha sido el mal. Tiene conciencia de sí, como de alguien que ha generado ese mal, puesto que “sabe” que su madre no se dirige a otro sino a él mismo. En alguna medida, pues, el rubor indica la presencia de una cierta interpretación no articulada, que se delata bajo la forma de una manifestación no lingüística en sentido estricto (el rubor), pero sí lingüística en sentido amplio.

El ejemplo permite descubrir dos elementos: en primer lugar, como todo acto cognoscitivo, la vida afectiva está íntimamente ligada al trasfondo lingüístico sobre la que se arraiga y, por tanto, a las prácticas sociales instaladas. Pues la acción de introducir el dedo en el pastel sólo puede implicar

²⁸ Sobre la influencia del entorno en la vida afectiva individual, puede verse C. CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, pp. 27 y 34.

²⁹ H.-G. GADAMER, *Verdad y Método*, Sígueme, Salamanca, 1993, p. 429.

una trasgresión en un contexto social normativo que establece, entre otras cosas, que esa acción no es adecuada (en otra cultura, bien podría considerársela como “la forma correcta de comer pastel”) y, más ampliamente, en el que se comprenda el sentido simbólico de ese preparado que denominamos “pastel”, cuyo rol y significado adquiere una relevancia central en cualquier festividad. En este sentido, la afectividad acontece en dependencia con las valoraciones sociales vigentes, instaladas bajo la forma de *habitus*, según el sentido dado por Bourdieu a esta noción. Se trata de “valores hechos carne”³⁰ bajo la forma de prácticas habituales antes que de conceptos y nociones.

5. Interpretación y auto-interpretación

Sin embargo, y en segundo lugar, la valoración social no basta para explicar por sí sola un determinado evento afectivo. Es preciso analizar de qué modo el sujeto se posiciona ante tal valoración. Si la madre en cuestión se auto-definiera como una persona desestructurada y no convencional, la situación hubiera despertado tal vez otro tipo de registro afectivo y un comportamiento diferente. La actitud de su hijo podría resultarle risueña bajo otro esquema de personalidad.

Recopilando todo lo dicho hasta aquí, y siguiendo a Joas, cabe distinguir cuatro niveles en la dinámica de la afectividad³¹. Estos cuatro niveles no son secuenciales, sino que actúan simultáneamente. El siguiente ejemplo permitirá reconocerlos claramente: un empleado se ve sorprendido de repente ante un súbito gesto de parte de su jefe, quien, al tiempo que se retira de la oficina conversando en su teléfono celular, lo mira con detenimiento. Levantando visiblemente la mano con el puño cerrado y el pulgar apuntando hacia arriba, le esboza una calurosa sonrisa.

En un primer nivel, afirma Joas, encontramos los eventos o situaciones en torno a los cuales podemos vernos implicados, los hechos físicamente constatables (en el ejemplo, el pulgar hacia arriba, la sonrisa, etc.). En un segundo nivel, se hacen presentes las interpretaciones públicas que existen en todo trasfondo respecto de dicho evento o situación, o de alguno de similar naturaleza (en la cultura occidental, el pulgar hacia arriba implica aprobación o aceptación). En un tercer nivel, y en cierto tipo de correspondencia

³⁰ P. BOURDIEU, *Le sens pratique*, Paris, Minuit, 1980 (traducción española en ed. Taurus, 1992, p. 117). Como puede verse, el significado de la noción de Bourdieu es radicalmente diferente del que cabe asignarle en la categorización aristotélica.

³¹ H. JONAS, *The Genesis of Values*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, p. 134.

respecto de dichas interpretaciones públicas, toman forma los sentimientos o respuestas emotivas personales, que implican en sí mismas una suerte de interpretación subjetiva (la persona que advierte que su jefe le ha mostrado el pulgar, se siente complacida sin saber aún por qué). Finalmente, pueden gestarse o no las auto-interpretaciones reflexivas, que habrán de explicitar en más o en menos el contenido interpretativo de las experiencias emocionales (dicha persona reflexiona en torno a las eventuales razones por las que el jefe le ha mostrado ese nivel de satisfacción y atribuye la satisfacción a determinado hecho o circunstancia del que él es responsable).

Como podrá advertirse, el evento físico no sólo es interpretado en función del entorno, sino también a la luz de la propia auto-definición o auto-interpretación, que explica en gran medida el tipo de reacción emotiva experimentada por el sujeto. En el ejemplo, la persona en cuestión parece tener una imagen sumamente positiva sobre su desempeño. Admite sin dudar que el gesto le está dirigido exclusivamente, y que responde a una explícita intención del jefe por señalar su mérito (bien podría responder a un particular modo de saludar). Asimismo, la madre que amonesta a la distancia a su hijo no sólo actúa movida por la convención social. Ella se considera a sí misma una “buena madre”, de aquellas que no permiten a sus hijos realizar semejantes desmanes. Su preocupación se explica en virtud de su auto-definición.

6. Verdad y error en la vida afectiva

Es poco usual predicar la verdad y el error sobre los propios afectos. De hecho, cuando se siente culpa o tristeza, vergüenza, alegría, se las siente y de nada sirve procurar desacreditar el sentimiento experimentado. Pero puede una persona mentir explícitamente respecto de lo que siente. Aquí el caso resulta sencillo. Reconoce no sentir un afecto y expresa que sí lo siente, o a la inversa. Un sujeto puede también exagerar con mayor o menor conciencia un cierto estado anímico o afección. Esto sucede con mayor habitualidad aún³². Lo verdaderamente más generalizado es que nuestras vivencias afectivas permanezcan inarticuladas y sean presa del ocultamiento. De algún modo, la afectividad está siempre expuesta al ocultamiento en la medida en que entraña un misterio. Pero, el ocultamiento deviene en falseamiento con mayor frecuencia de lo que sospechamos³³.

³² C. CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, p. 70.

³³ Cf. C. CASTILLA DEL PINO, *Teoría de los sentimientos*, p. 69: “La mayor parte de las interpretaciones de una expresión emocional son sesgadas, es decir, erróneas. La fuente de

Esta exposición al falseamiento no implica imposibilidad de verdad. Si bien con limitaciones y dificultades, la inteligencia es capaz de acceder al conocimiento del significado de una determinada emoción. La explicación parcial, difusa e incompleta es una explicación al fin, y nos permite acceder a cierto nivel de verdad respecto de lo que sentimos. Lo verdaderamente asombroso de esta dinámica afectiva reside en que, cuando la inteligencia logra comprender un estado anímico, articulando su significado, dicho estado anímico puede verse transformado a partir de esta articulación.

“Si el lenguaje sirve para expresar un nuevo tipo de conciencia, puede no sólo hacer posible un nuevo conocimiento de las cosas, una habilidad para describirlas, sino también dar paso a nuevas maneras de reaccionar ante las cosas, nuevos modos de sentir. Si al expresar nuestros pensamientos sobre las cosas podemos llegar a nuevos pensamientos, entonces al expresar nuestros sentimientos podemos llegar a sentimientos transformados”³⁴.

Este hecho puede ilustrarse –como lo hace el mismo Taylor³⁵– con el ejemplo de la culpa: Nos encontramos de repente con una sensación confusa que nos altera. No sabemos claramente, en principio, de qué se trata. Hasta que reparamos en el hecho de que estamos experimentando culpa, y logramos identificar qué es lo que nos hace sentir culpables. Percibimos, incluso, que los fundamentos de la culpa no son del todo adecuados, y empezamos a experimentar un sentimiento diferente a partir de ello. No se trata de sentir algo radicalmente distinto, aclara Taylor. La culpa no desaparece necesariamente ante nuestra reconsideración. Pero, aun en el caso de seguir sintiendo esta emoción, no se tratará estrictamente de la misma culpa, dado que ahora la asumiremos como algo irracional, como algo inadecuado. En suma, “al

los malentendidos proviene no de un error exclusivamente cognitivo –la expresión *p* se toma como significativa del estado emocional *q*, y no es el caso–, sino de la *catatimia*, concepto que acuñó Eugen Bleuler para destacar la incidencia de la afectividad en la distorsión de los procesos de conocimiento (racionalización, defensas perceptivas, etcétera)”.
³⁴ Ch. TAYLOR, “The Importance of Herder”, en *Philosophical Arguments*, Cambridge, Harvard University Press, 1995², pp. 97 y 139. Este concepto, desarrollado en 1991, replica la misma idea presente en su “Language and Human Nature”, en *Philosophical Papers I. Human Agency and Language*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 233, así como en “The Concept of Person” o en “Cognitive Psychology”, de 1983.

³⁵ Ch. TAYLOR, “The Person”, en M. Carrithers, S. Collins, S. Lukes (eds.), *The Category of Person*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987 (reprinted), p. 261.

poder expresar nuestros sentimientos, les damos una dimensión reflexiva que los transforma”³⁶.

Esto otorga una plasticidad importante no sólo a la afectividad, sino a la misma identidad subjetiva. Charles Taylor ha puesto especial énfasis en esta definición de la persona humana como “animal auto-interpretante”³⁷. Según él, la identidad se configura especialmente, aunque no exclusivamente, a partir de las auto-interpretaciones que toda persona hace sobre sí misma. En definitiva, no nos describimos a nosotros mismos a medida en que nos vamos conociendo. Antes bien, lo que interpretamos, decimos y sentimos acerca de nosotros y acerca del mundo se convierte en constitutivo de nuestra identidad. Claro que el “decir” aquí puede dar lugar a equívocos. Como se ha dicho, la interpretación racional admite niveles, también en este campo. Desde pequeños vamos conformando una cierta imagen interna acerca de nosotros mismos, generalmente relacionada con la imagen que de nosotros tienen los adultos significativos. La interpretación tiende a ser aquí mayormente irreflexiva y estar ligada a experiencias emocionales y creencias matrices.

Estas creencias incorporan un sentido no articulado sobre el sí mismo y van conformando una suerte de “proto-auto-interpretación”, que no necesariamente coincide con aquella que se gesta en una articulación reflexiva ulterior³⁸. El niño se sabe de alguna manera “payaso”, “atolondrado”, “aplicado”, “agresivo”, “cariñoso”, y actúa en parte alentado o prevenido a partir de estos supuestos tácitos. Esta distinción entre niveles de auto-interpretación replica de algún modo la distinción husserliana entre el “proto-yo”, un yo operante aún no tematizado por la reflexión, y la imagen del yo que surge de la “captación retrospectiva” (*Zurückgreifen*) o del “percatarse con posterioridad” (*Nachgewahren*)³⁹, proceso siempre inacabado que admite distintos niveles de maduración. Cuando éste tiene lugar, el sujeto accede a un nivel más perfecto

³⁶ Ch. TAYLOR, “El lenguaje y la naturaleza humana”, p. 57.

³⁷ Cf. Ch. TAYLOR, “Self-Interpreting Animals”, p. 63. Más adelante, en “Cognitive Psychology” (p. 189), dirá: “los seres humanos son animales auto-interpretantes. Esto significa entre otras cosas que no es posible una descripción adecuada de cómo es el ser humano respecto de su existencia como una persona que no incorpore su auto-comprensión, esto es, las descripciones que el o ella se inclina a dar acerca de sus emociones, aspiraciones, deseos, aversiones, fascinaciones, etc.”.

³⁸ El concepto no es de Taylor, aunque bien cabe asumirlo inspirados en el concepto de proto-interpretación que sí enuncia en “La interpretación y las ciencias del hombre”, p. 159.

³⁹ E. HUSSERL, *Analysen zur passiven Synthesis*. Aus Vorlesung- und Forschungs-manuskripten (1918-1926), Husserliana XI, Den Haag, Martinus Nijhoff, 1966, pp. 148 y ss.

de conocimiento del yo, aunque también puede suceder que la articulación oculte aspectos que estaban implícitos en esa experiencia original.

7. Auto-interpretación y valoración

Ahora bien, la auto-definición suele implicar una referencia transitiva. En definitiva, nos describimos en función de aquello que consideramos más valioso. Como afirma Archer, “nuestras identidades personales derivan de nuestras inquietudes fundamentales, de lo que más nos preocupa, así como de nuestros restantes intereses, que no pueden descartarse pero se acomodan a nuestro compromiso primario”⁴⁰. En efecto, las personas tienden a responder la pregunta “¿Quién soy?”, aludiendo a aquellos aspectos de la realidad que han demandado mayor compromiso en virtud de su relevancia. Esta demanda ha generado sentimientos interiores que definen el rumbo que uno quiere dar a su vida. “Soy un apasionado de las artes”, dirá uno. “Soy una persona que prefiere la tranquilidad, soy algo bohemio”, dirá otro. La identidad, en todos estos casos, tendrá que ver con en este juego de “identificación” con ciertos bienes fundamentales que han despertado devoción⁴¹.

En este marco, si cualquier articulación reflexiva sobre nuestros estados emocionales puede generar cambios en dichos estados, también la articulación relativa a nuestras inquietudes fundamentales puede llegar a alterar dichas inquietudes y, en consecuencia, nuestra identidad. Cuando una persona realiza un examen de conciencia (que conlleva una articulación reflexiva) y se propone reducir el caudal de energía física y psíquica destinado al quehacer profesional (seguramente al advertir que esta inversión conspira contra otras dimensiones de su persona o entorno), introduce una cierta reconfiguración de sus preferencias. Se convierte, de algún modo, en otra persona, aun cuando el trabajo siga insumiendo idéntico caudal de energía por un tiempo.

Afirma Taylor, en el ser humano, “los cambios en su auto-definición producen cambios en su naturaleza”⁴². La auto-interpretación, por tanto, no sólo abarca una dimensión descriptiva, en tanto y en cuanto busca hacer conscientes nuestros modos de ser y estados afectivos, sino que, al hacerlo,

⁴⁰ M. ARCHER, *Being Human: the Problem of Agency*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 12.

⁴¹ Ch. TAYLOR, *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006⁸. Se recomienda toda la primera parte: “Identity and the Good”.

⁴² Ch. TAYLOR, “Interpretation and Sciences of Man”, p. 25.

accede a una dimensión regenerativa, creativa⁴³. En línea con lo señalado para el conocimiento del mundo, Taylor recuerda que la articulación respecto del sí mismo también admite la posibilidad de ser juzgada en función de su verdad o falsedad. Existen, en efecto, auto-interpretaciones más o menos clarividentes, o más o menos auto-engañosas⁴⁴. Pero, a diferencia de lo ocurrido con el mundo, y mientras se acepte el rol constitutivo de nuestras auto-interpretaciones, las articulaciones relativas a nuestro *self* no sólo nos permitirán confrontarnos con nuestra verdad, sino que también habrán de modificar nuestra identidad, vale decir, nuestra misma verdad:

“Yo me modifico a mí mismo con mis nuevas auto-descripciones. Y sin embargo, quiero decir, como todos nosotros hacemos cuando no nos satisface una teoría filosófica, que una de estas articulaciones puede ser más verdadera, más penetrante, menos auto-ilusoria que la otra. Mi anterior articulación me configuraba de una manera diferente que la presente. Pero quiero describir esta diferencia en parte con términos epistémicos: estaba rechazando parte de mí mismo, o la ignoraba, o me engañaba a mí mismo. Bajo estas anteriores descripciones yo *era* distinto; no era simplemente como lo soy ahora bajo una comprensión más verdadera. Pero lo que era antes estaba configurado por la distorsión provocada por mi negación más que como lo estoy ahora. Podríamos decir que, en este tipo de casos, la falta de verdad es parte de la realidad descrita, más que descansar simplemente en la relación entre realidad y representación”⁴⁵.

⁴³ Cf. Ch. TAYLOR, “Cognitive Psychology”, p. 10: “El lenguaje no sólo sirve para *describirnos* a nosotros mismos y al mundo, también sirve para *constituir* nuestras vidas. Ciertas maneras de ser, de sentir, de relacionarnos unos con otros son sólo posibles dados ciertos recursos lingüísticos. Sin una cierta articulación de uno mismo y de lo superior, no es posible *ser* un asceta cristiano, o *sentir* esa combinación de esta falta de valoración y alta vocación (la ‘*grandeur et misère*’ de Pascal), ni ser *parte de*, por decir, una orden monástica”.

⁴⁴ Ch. TAYLOR, “Reply and re-articulation”, en J. Tully (ed.), *Philosophy in an Age of Pluralism: The Philosophy of Charles Taylor in Question*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 221. Ver también, “What is Pragmatism?”, en S. Benhabib, N. Fraser (eds.), *Pragmatism, Critique, Judgment. Essays for Richard J. Bernstein*, London, The MIT Press, 2004, p. 76.

⁴⁵ Ch. TAYLOR, “Rorty in the Epistemological Tradition”, en A. Malachowski (ed.), *Reading Rorty. Critical Responses to Philosophy and the Mirror of Nature (and Beyond)*, Cambridge, Basil Blackwell, 1990 (reprinted 1991), p. 272.

Conclusiones y problemas

El principal aporte de este diálogo entre filosofía contemporánea y psicología cognitiva reside en la profunda resignificación de los términos “racionalidad” y “afectividad”. Ni la primera puede ser concebida ya como afectivamente neutra en su origen y en su esencia, ni la segunda puede ser interpretada como esencialmente irracional en sus movimientos. Se percibe una profunda correspondencia o co-pertenencia, que –una vez asumida– echa por tierra cualquier resabio de racionalismo, incluso de aquel que subyace inadvertidamente en muchas corrientes psicológicas contemporáneas.

Ahora bien, sobre la base de las premisas hasta aquí expuestas, se configuran una serie de problemas filosóficos de no poco impacto para el desarrollo de una teoría y una práctica psicoterapéutica. A continuación, se describirá brevemente la naturaleza de cada uno de estos problemas, sin pretender agotar su formulación ni mucho menos acercar una propuesta de solución que satisfaga los requerimientos filosóficos básicos. En este sentido, la descripción constituye una enunciación de posibles desarrollos de investigación que, eventualmente, habrán de iniciarse al término de este trabajo.

De momento, han quedado establecidas tres proposiciones:

- los sentimientos constituyen un modo privilegiado de acceso al conocimiento del mundo, uno que pone de manifiesto las “propiedades sujeto referenciales” y en el que interviene una actividad proyectiva tanto como reveladora.
- este acceso “vinculado” al mundo, de naturaleza pre-reflexiva, guarda relación con nuestras experiencias vitales previas y nuestro entorno u horizonte, y es el que funda cualquier otra aproximación reflexiva posterior, incluso aquella que se erige con pretensiones de objetividad y de verdad.
- Tanto las cogniciones y valoraciones pre-reflexivas cuanto las reflexivas se desarrollan sobre la matriz de nuestros esquemas emocionales o creencias matrices, que configuran una cierta direccionalidad del afecto y la cognición, y que fundan en gran medida nuestra identidad.

¿Es posible –en este contexto– establecer la legitimidad de la defensa de la verdad “objetiva”? En caso afirmativo, ¿qué sentido ha de otorgarse al término “objetividad” en este contexto? Es sabido que no pocas escuelas psicológicas han desterrado cualquier pretensión de verdad en la teoría y en la práctica psicoterapéutica. La actividad del lenguaje constituye, para ellas, un ejercicio proyectivo y narrativo que configura modos posibles de

interpretar y orientar la propia vida⁴⁶, sin fundamento *in re* alguno (según el decir de la escolástica). La prerrogativa es la del logro de la adaptación, que se alcanza en la medida en que se ha asimilado un discurso (y una acción consecuente) que permite afrontar los desafíos existenciales sin costos excesivos. En el otro extremo, no son pocos los que desestiman la importancia de la actividad proyectiva y creativa del lenguaje, postulando la posibilidad del encuentro incontaminado con la realidad (propia y ajena), de suerte que cualquier falseamiento respondería principalmente aunque no exclusivamente a una ceguera voluntaria de raíz moral. A la luz de estas posiciones extremas, ¿cabe la alternativa de aceptar la existencia de una actividad proyectiva sobre la realidad, y al mismo tiempo custodiar la defensa de la verdad? Este análisis presupone otro igualmente complejo: ¿cuál es el criterio de verdad –si cabe apelar a alguno– en el análisis de la vida afectiva?

En su aplicación terapéutica, la respuesta a estos interrogantes adquiere no poca relevancia: ¿puede el terapeuta conocer verdaderamente a su paciente? ¿O acaso su tarea reside en la construcción de relatos que contribuyan a la revisión y reconstrucción del relato ajeno? ¿Existen algún fundamento de verdad para la definición de la salud o de la armonía, o el criterio de salud se circunscribe absolutamente a la adaptación al medio? En otras palabras, ¿existen modos de vida más “saludables” que otros, para cuya definición no se apele exclusivamente al propio bienestar subjetivo?

El problema sobre la verdad remite indefectiblemente al de la identidad, cuestión en la que se juega también la definición sobre los propios valores o inquietudes constitutivas. En efecto, en la medida en que se acepte la injerencia de la actividad proyectiva, y que se asuma que la identidad se constituye a partir de nuestras auto-interpretaciones, cabe echar un manto de duda sobre la pretendida existencia de un “yo” original previo a la interpretación o la proto-interpretación. Si la identidad se constituye en la interpretación, ¿es posible abogar a favor de la defensa de un yo original y estable? No son pocos, de hecho, los que conciben al “yo” como una construcción fluctuante y multifacética, que se constituye a partir de la narrativa individual e, incluso, de la colectiva?⁴⁷. El yo es concebido, desde esta perspectiva, como una entidad plural (existen tantos *selves*

⁴⁶ R. ECHEVERRÍA, *Ontología del lenguaje*, p. 40.

⁴⁷ H. GOOLISHIAN, “Narrativa y self. Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia”, en D. Schnitman (ed.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1995², pp. 298-300.

como relatos que sobre él quieran darse) y admite un nivel de plasticidad y versatilidad tan amplio como el que caracteriza al discurso.

En el otro extremo, se erigen los que postulan la existencia de una entidad metafísica (la Persona), que subyace al devenir de la identidad, y que contiene en sí mismo una serie de caracteres trascendentes cuyo desarrollo puede ser promovido u obstaculizado por el contexto, pero que no es intrínsecamente dependiente del contexto⁴⁸. ¿Es posible arbitrar una conciliación entre ambas posiciones, que no represente un mero sincretismo raquíico? Si se acepta la dimensión trascendente de la persona, ¿han de imponerse límites a la acción del entorno sobre el yo, que remitan a rasgos de personalidad que no sean dependientes del contexto ni del devenir histórico? ¿Acaso este reconocimiento del carácter trascendente de la persona ha de estar fundado exclusivamente en la adhesión a un determinado credo religioso, o existen fundamentos racionales para sostener su legítima defensa?

En otro orden, y en la medida en que se ha definido la identidad en sintonía con la adhesión a valores o bienes constitutivos, se reedita el dilema suscitado con ocasión de la defensa de la verdad. ¿Son las inquietudes constitutivas o valores fundamentales comparables entre sí? ¿Existen valores objetivamente superiores a otros, que configuran modos de vida más saludables o adecuados?

Son estos interrogantes, tan antiguos como nuevos, los que configuran el trasfondo de muchas discusiones de la psicología contemporánea, lo que reafirma la importancia del estudio antropológico en formación y práctica psicoterapéutica actual.

Santiago BELLOMO

Recibido: junio de 2014/ Aceptado: septiembre de 2014

⁴⁸ R. GUARDINI, *Mundo y Persona*, Madrid, Guadarrama, 1967², pp. 179 y ss.